

## DISCURSO DEL Dr. OSCAR BERMUDEZ EN LA SESION DE HOMENAJE AL Dr. CLIVIO V. NARIO

(SEMBLANZA)

\* La Sociedad de Cirugía del Uruguay rinde hoy reverente homenaje a la memoria del Profesor Clivio V. Nario, que fuera figura representativa en sus filas, cimentando su obra desde su fundación y contribuyendo como colaborador científico y como dirigente a que esta Institución alcanzara la sólida estructura cultural y moral de que dispone actualmente.

Cumple así la Sociedad de Cirugía — como lo ha hecho siempre con sus hombres ilustres — con la finalidad de mantener y perpetuar el recuerdo de espíritus y mentalidades superiores, ruterros en la orientación científica y fuentes del patrimonio de cultura que adquieren las nuevas generaciones.

La figura de Nario en la vida de nuestra Sociedad de Cirugía y de la Facultad de Medicina, se ha hecho acreedora a esa renovada recordación, porque la grandeza de sus actos ha creado en nosotros una resistencia ininterrumpida al olvido.

Hombres hay, en el historial científico, cuyo valor intrínseco sólo se reconoce después de largo tiempo de su desaparición. Inquietos y avancistas del pensamiento; revolucionarios en sus actos, han pasado por la vida levantando resistencias lógicas con sus ideas y procedimientos. Su reconocimiento requiere una larga sedimentación del juicio. El homenaje a esos hombres llega como una explosión tardía, ante la evidencia de su verdad, negada entonces. Para el juicio popular, se convierten en grandes hombres y se elevan a veces desde el olvido a la gloria, después que sus figuras han permanecido largos años silenciosas. Eso no ha pasado con Nario. El también fué un inquieto en el pensamiento y un avancista en realizaciones; pero el juicio sobre su personalidad quirúrgica, docente y humana, estaba hecho y fraguado.

en vida desde mucho tiempo atrás. Por eso no tememos, que en este homenaje, que puede parecer precoz, la voz del sentimiento nos oculte la verdad esencial del juicio sedimentado. El Tribunal Público ha juzgado a Nario en vida, a través de su pensamiento siempre claro y de su ejecutoria siempre recta, limpia y firme.

Podríamos sintetizar ese juicio diciendo que en todas las manifestaciones de su personalidad, aparece el tono de jerarquía intelectual de un hombre superior, que supo manejar con singular maestría la palabra, el concepto, la síntesis, el análisis y la belleza de la forma. Poderosa inteligencia apuntalada por una preparación rica y sólida; observación penetrante y concepción rápida; imaginación e intuición fértiles, controladas siempre por un fuerte raciocinio realista.

Cuando ingresamos a la Facultad de Medicina en el año 1926, y hacíamos nuestros primeros estudios en el Instituto de Anatomía, junto a los nombres ilustres de los Maestros de entonces, oíamos hablar de hombres más jóvenes, que ascendían con facilidad la empinada cuesta de la consagración gracias a su constitución intelectual privilegiada y a una fuerte personalidad puesta al servicio de la enseñanza. Entre esos nombres oímos el de Nario, que ya brillaba en sus cursos inolvidables de Patología Quirúrgica. Tomamos contacto con él a nuestro ingreso al hospital, y supimos entonces, que el Profesor que aparecía en primera fila entre los jóvenes, había sido un estudiante e interno de excepción; cumplido ya importante actuación en los hospitales de París y en la Cruz Roja Francesa durante la primera guerra mundial; que había sido discípulo y Jefe de Clínica de un gran Maestro de la Cirugía Uruguaya: el Profesor Alfredo Navarro; y que en ese momento era el profesor titular de Patología Quirúrgica, después de brillar en la Cátedra como Profesor Libre y Profesor Agregado. En adelante seguimos su vida de cerca, como Catedrático de Medicina Operatoria, Cirujano de Guardia del Hospital Pasteur y Asistente de las Clínicas Quirúrgica de los Profesores Lorenzo Mérola y Domingo Prat. En 1935, con su incorporación al profesorado titular de Clínica Quirúrgica, empezó la etapa más difícil y fecunda de su carrera docente, que culminó en la Dirección del Instituto de Clínica Quirúrgica, en 1952.

En esa etapa apreciamos toda su grandeza en la docencia,

en la Cirugía y en la conducción de una Clínica; y su capacidad para amalgamar la Ciencia y Conciencia en los jóvenes que iniciaron con él la Carrera del Cirujano. Aprendimos entonces que las normas rígidas e inflexibles son innecesarias cuando se posee una personalidad científica elevada y una fuerte condición humana, generadora de admiración, de respeto y afectuosidad en los dirigidos.

No haríamos justicia a su ecuanimidad, si antes de seguir adelante, no recordáramos las figuras de los Maestros que tuvieron influencia importante en su trayectoria científica, y cuyas disciplinas supo incorporar y transmitir con intachable probidad y reconocimiento:

**Américo Ricaldoni**, por quien era tan grande su admiración, que lo consideraba el Gran Maestro de su vida.

**Alfredo Navarro**, "fuerte clínico y temperamento quirúrgico de excepción", como él lo catalogó. Le oímos decir de Navarro que "la fuerza de su argumentación frente al enfermo, es la herencia y el sello de su Escuela que llevan sus discípulos".

**Lorenzo Mérola**, grande y original figura de nuestra Cirugía. Avancista de la técnica, que marcó nuevos derroteros en la Anatomía y en la acción quirúrgica. Su semblanza, que Nario escribiera en 1951, revela cuanta era su admiración y agradecimiento.

**Enrique Finochietto**, figura estelar de la Cirugía, tuvo influencia preponderante en su técnica quirúrgica. A través de Nario, conocimos la rica y brillante gama de recursos, maniobras y variantes quirúrgicas originales del encumbrado Maestro Argentino.

En la Cátedra, la figura de Nario se agigantaba y dominaba rápidamente la escena, por la vehemencia y emoción que ponía en transmitir su saber; por la inteligente jerarquización del concepto; por la confianza y seguridad que infundía desde sus primeras palabras. Sugestiones inquietantes y deducciones fecundas, surgían del análisis de una duda o de un hecho consumado, por virtud de un razonamiento sencillo, pero fuerte y ordenado, que terminaba elaborando el concepto sólido, a través de una lógica impecable.

Su potencial intelectual le permitió asimilar sin esfuerzo lo mejor y más útil, para enseñar lo que convenía enseñar. Por

eso alcanzó muy joven la madurez del Maestro y proyectó su enseñanza sobre muchas generaciones que colmaban los anfiteatros en que dictaba sus clases, atraídos por la profundidad del concepto, por la fuerza del razonamiento y por la claridad y belleza de la forma. Era admirable su facilidad, para encauzar en una frase sencilla, ajustada y bella, el pensamiento que parecía desbordarse en el campo fértil de su imaginación.

Su talento e ideología superiores estaban mantenidos y encumbrados por una cultura general, también superior. La preparación científica nunca significó un sacrificio para las otras manifestaciones de la cultura. Ella le permitía amenizar sus clases con felices comparaciones y un rico anecdotario que atesoraba en su memoria privilegiada. Al margen de la clase, era un placer escuchar sus "charlas" sobre música, pintura o escultura; sus citas filosóficas o historias. Siempre supo hacer un lugar en su tiempo, para cultivar esa cultura extra-médica, que da calor a la ciencia y sedación a la inquietud espiritual, suavizando las aristas rígidas del hecho científico con la belleza del arte, sin despojarlo de su verdad. Eso tenía Nario en su conversación, en sus clases, conferencias o actos quirúrgicos: el calor y la belleza que su cultura ofrecía a los hechos científicos para infundirles un atractivo nuevo, para facilitar su comprensión y para aliviar la tensión que exigen las soluciones precisas. En medio de su intensa actividad médica, supo encontrar siempre el tiempo necesario para esas desgravitaciones espirituales que proporcionan una pieza de música, un buen cuadro, una obra literaria o histórica.

Cuando en 1935 adquirió absoluta independencia al frente de una Clínica Quirúrgica, destacó rápidamente su calidad en la ciencia operatoria, convirtiéndose en un Cirujano hábil en el manejo de los elementos anatómicos; reflexivo y oportuno en la adopción de una conducta o un gesto quirúrgico; sereno en la ejecución y decidido para sortear los imprevistos. Enseñó que las maniobras quirúrgicas se guían por principios anatómicos, pero también fisiológicos. Que el éxito y corrección de la técnica, no están solamente en la brillantez de ejecución de las maniobras realizadas de acuerdo a elementos y planos que la anatomía señala, sino también en el respeto y cumplimiento de principios de fisiología visceral y tisular. Que la corrección anatómica de las ma-

niobras, debe estar sólidamente apoyada y complementada por la corrección biológica de las mismas.

Su producción científica, rica y medulosa, que siempre trajo a la discusión abierta de esta Tribuna, fijó en muchos aspectos normas conceptuales, doctrinarias o de técnica. Destaca en ella, el sello personal, en el matiz de originalidad, en la fijación de un concepto fisiopatológico o en el establecimiento o ensayo de un progreso quirúrgico.

Nario Hombre, mantuvo siempre un alerta vigilante en el cuidado de su posición de Médico, de Profesor y de Ciudadano. Había cultivado el respeto de la clase médica y de la condición humana en la extensión necesaria para mantener y defender su dignidad genérica. Por encima del gran docente y técnico, aparecía siempre el Hombre que, consciente de su valor intelectual, no doblegaba nunca su personalidad, obrando siempre con entera libertad, sin reservas ni prejuicios y con absoluta sinceridad en el acierto o en el error. Llegó a decirse de él, que era un hombre "difícil". Los que convivimos con él nunca apreciamos tal aspecto; pero aceptamos que todos los grandes hombres tienen algo "difícil", quizá porque su propia grandeza les obliga a mirar el panorama desde un plano que no alcanza el común de los hombres. Supo sí, ser arrogante en la extensión necesaria para medir su intelecto y sus fuerzas, en todas las circunstancias en que la vida llamó al Hombre o al Médico. Respaldó esa arrogancia, en su solidez intelectual; en su fuerza moral; en la firmeza de su carácter; en su condición de luchador voluntarioso y tenaz; y la mantuvo frente a la adversidad, que ocupó un lugar importante en su vida. La bien templada reciedumbre de su carácter le permitió afrontarla con el sereno valor del que se dispone a defender hasta el último palmo del terreno conquistado. Así le vemos en 1939 entregar su cuerpo enfermo a la Cirugía con entereza varonil y absoluta confianza; soportar durante meses una terrible lucha física y moral, que fué ejemplarizante demostración de fortaleza espiritual. Así le vimos recuperar su admirable actividad a partir de 1940, sobreponiéndose al rudo trance que acababa de sortear, y cumplir en adelante una de las etapas más fecundas de su enseñanza clínica y de su actividad quirúrgica. Así le vemos en 1948, venciendo gallardamente por segunda vez

a la fatalidad que le castigó duramente. Y así le vimos en 1952, cuando el azote inclemente aplicó sus últimos golpes, asimilar la dura realidad, levantado el espíritu en el calor de la lucha, frente al sufrimiento y la impotencia. Su último trabajo, “**Cirugía, Escuela de Hombres**”, cuyas pruebas corrigiera con nosotros en los últimos días de su vida, es una verdadera exaltación de ese escenario de ardiente lucha donde se adquiere la recia contextura espiritual indispensable para enfrentar la vida; y muestra, la fuente inagotable de energía moral que empleaba ese Hombre, en el mantenimiento de la personalidad.

A través del tiempo, su mejor semblanza de Maestro es la que él mismo trazara con profundidad y belleza, cuando en su clase inaugural de Clínica, dice a los jóvenes que emprenderán la carrera quirúrgica:

“Solamente una voluntad inquebrantable, sostenida por la llama interior de un deseo de irrevocable superación, os llevará lenta y seguramente hasta la fuente pura de un arte claro y cristalino; os hará gozar del espectáculo maravilloso de ser el dueño y señor de una técnica”.

“Pasaréis por momentos de angustiosa vacilación; seréis ateneados por la duda; seréis el blanco de pronósticos fatídicos”.

“No escuchéis a los falsos profetas”.

“Os dirán que no fuisteis coronados por la aureola de un genio tutelar”.

“Sacarán las cuentas de vuestros signos en el zodíaco de su propia envidia”.

“Consultarán las vísceras de algún sacrificio interesadamente adverso”.

“Harán el horóscopo de vuestro fracaso, inclinados hacia el suelo, ya que no tienen capacidad para llevar sus almas por encima de sí mismos”.

“No escuchéis a los falsos profetas”.

“Escuchad la voz de vuestra vocación”.

“Ella no os engañará si sabéis auscultarla imparcialmente en el instante en que se decide vuestro destino y ella os dirá:

“No existe aristocracia quirúrgica hereditaria.

“No hay patriciados ni designos intrauterinos.

“No hay confabulaciones cabalísticas.

“Existe una voluntad fuerte empotrada en la médula de una clara inteligencia.

“Existe un deseo de ser y de superarse a pesar de todo y contra todo.

“Ideación y acción están tendidas como bocas sedientas hacia la sagrada función.

“Esto es lo que se observa en un Cirujano de verdad, cuando alguien se asoma al borde de su alma.

“Esto es lo que ha elevado su espíritu en una ofrenda de arte, de fe y de esperanza.

“Esto es lo que lo lleva a jugarse a menudo su propia vida y levanta la cruz de su propia inmolación”.

“Esto y no otra cosa está y estará, en todos los que vendrán a sustituirnos, el día en que nos alejemos de pie, frente al sol naciente para ver con más claridad, el triunfo de aquellos a quienes hemos enseñado y como justificación de aquellos de quienes hemos aprendido”.

Así fué Clivio Nario, “Maestro de Juventud”, como le llama Enrique Finochietto. Con él se ensañó la adversidad en los años de más provechosa madurez intelectual; pero sin doblegar sus esperanzas, su fuerza moral, su espíritu de lucha; sin quebrar su optimismo y sus deseos de triunfar sobre la fatalidad misma; y sin poder evitar con sus temibles y sucesivos golpes, el coronamiento de su vida de Hombre, de Cirujano y de Maestro.